

D. José Antonio Castro, D. Felipe Gutiérrez, D. Salomé Piña, D. Félix Parra, Ocaranza y Velasco. Consérvanse con estimación las esculturas de Perusquia, D. Victoriano Acuña, Guerra y D. Manuel Contreras, alcanzando merecido renombre la estatua en bronce de Cuauhtemoc en el Paseo de la Reforma, obra del señor D. Miguel Noreña, y la tumba de Juárez en el Panteón de S. Fernando, ejecutada por los hermanos Islas.

Parece por esto que tanta sangre y tantas lágrimas no se han vertido inútilmente; ¡ojalá que desaparezcan completamente del hermoso cielo mexicano los nublados de la discordia, y se opere una reconciliación entre todos sus hijos; que Dios bendiga á la República y le conceda PAZ Y LIBERTAD !!!

FIN.

APÉNDICE

RECTIFICACIONES HISTÓRICAS

El señor Conde de Charencey acaba de publicar en Paris, en el boletín bibliográfico de la *Revue des questions historiques* (tomo XL, págs. 329 y 330)¹, un ligero juicio crítico sobre mi *Compendio de la Historia de México*, que me obliga á hacerle algunas observaciones por el interés que siempre tiene la rectificación de las apreciaciones

1. « COMPENDIO DE LA HISTORIA DE MÉXICO, DESDE SUS PRIMEROS TIEMPOS HASTA LA CAÍDA DEL SEGUNDO IMPERIO, por el licenciado Luis Pérez Verdía. Guadalajara, 1883, en 8.º de 346 p.

Se nota desde hace algunos años una verdadera reacción científica en México, y hay en este país un importante movimiento intelectual. Hasta hoy había sido dirigido en el sentido de las ciencias naturales y matemáticas. La aparición de la presente obra merece ser saludada como un sintoma de feliz augurio. ¿No debemos ver en ella el signo precursor de una nueva corriente que llevará los espíritus á los estudios históricos y etnográficos? El autor ha querido hacer, no lo que se llama vulgarmente progresar la ciencia, sino solamente dar á la juventud mexicana nociones exactas y suficientemente extensas de los acontecimientos de que la Nueva España ha sido teatro desde los tiempos más remotos hasta la época presente.

Tenemos la satisfacción de reconocerlo: el objeto que se propuso el docto profesor, lo ha obtenido realmente, y su resumen merece pasar por muy bien hecho. La lectura de su *Compendio* aprovechará no sólo á los habitantes de México, sino también al que se ocupe de historia general y del pasado del género humano. Sin embargo, podríamos hacer notar algunos ligeros errores, inevitables por otra parte, en un trabajo de esta naturaleza. Así, es erróneo que cuente en el número de las plantas cultivadas por los antiguos habitantes de México (p. 31), el dátil y el plátano. Estos dos vegetales son, según toda apariencia, de importación extranjera, y su introducción en América no se remonta más allá de la época del descubrimiento. Es de sentirse también que el autor no haya dicho casi nada de la historia de los yucatecos, de sus costumbres y de su religión. La península de Yucatán, cuyos habitantes podían pasar en tiempo de la

históricas, principalmente cuando se trata de nuestro país, tan poco conocido todavía hoy en Europa.

conquista por la raza más civilizada del Nuevo Mundo, continúa sin embargo, siendo parte integrante de México.

Todo esto no ve sino á la parte científica de la obra. Una palabra nos resta que decir con respecto al espíritu con que está redactada y á las tendencias del autor. Adicto á la forma republicana y á las ideas avanzadas, no es sin embargo lo que llamaríamos en Francia un anticlerical. Así reprueba las medidas vejatorias de que fué objeto la Compañía de Jesús, y reprueba además su expulsión (p. 242); deplora la extensión y los progresos de la franc-masonería. Por otra parte, no podríamos admitir el elogio que hace del cura Hidalgo, el promotor, ó mejor dicho, uno de los promotores de la insurrección contra la dominación española. Haciendo á un lado toda cuestión política y nacional, este sacerdote que, arrastrado por un grupo de revolucionarios tan enemigos de la religión católica como del rey de España, tomaba el mando de los insurgentes, dejándolos por debilidad entregarse á toda clase de excesos y mostrándose constantemente general muy mediano, nos parece muy poco digno de simpatía. Evidentemente, el patriotismo ciego ligeramente á nuestro autor, en la relación que nos hace de la campaña de San Juan de Ulúa y de la primera guerra de los franceses en México. Que el ejército mexicano dió entonces pruebas de bravura, no lo negamos; pero esto no impide que nuestro país se haya visto obligado por la negación de justicia de su gobierno á pedir reparación por las armas.

La indignación que causa al señor Verdía la insurrección de Tejas y su anexión á los Estados Unidos, nos parece difícil de comprender. ¿Acaso los tejanos no tenían el mismo derecho para separarse de México, que los mejicanos para levantarse contra la dominación española? El autor elogia igualmente con todas sus fuerzas la resistencia de Puebla al ejército francés, y pone el heroísmo de los *poblanos* muy por encima del de los defensores de Metz y de Strasbourg. Imposible nos es también, en este punto, ser de su opinión. Los habitantes de Puebla no han hecho, en realidad, sino una guerra de barricadas, sin intentar una verdadera salida, lo que indica que eran hombres poco avezados al fuego. Además nuestros compatriotas, por un sentimiento de humanidad llevado hasta el escrúpulo, se rehusaron á bombardear la ciudad y se resignaron á tomarla, por decirlo así, casa por casa. Se sabe, por el contrario, de qué manera procedieron los alemanes en nuestras ciudades fronterizas. Si, pues, aquéllos no resistieron tanto como Puebla, fué porque la resistencia era materialmente imposible, y no podría atribuirse nunca su rendición á la falta de bravura de nuestros soldados.

Tales son las reflexiones que nos sugiere la lectura del libro del señor Verdía. Algunas críticas, á las que nos parece da lugar, no impiden en nada reconocer su mérito; así es que podemos citarlo como el mejor resumen de la historia de México que se haya publicado hasta hoy.

CONDE DE CHARENCEY.

Las bondadosas frases con que el crítico saluda la aparición de mi insignificante libro y los inmerecidos elogios que le tributa, obligan en gran manera mi reconocimiento para con él, demostrando al mismo tiempo una vez más, que la indulgencia es patrimonio de las personas versadas en las ciencias y en las letras. El señor de Charencey tiene ya adquirido un nombre ilustre entre los americanistas por sus profundos conocimientos en la historia antigua del nuevo continente, de lo que dan testimonio irrecusable *Les Cités Votánides*, notable trabajo comparativo de la antigua y nueva geografía yucateca, su estudio mitológico sobre Quetzalcoatl, sus *Textes en langue tarasca*, etc.

El escritor de la *Revue* empieza por reconocer que se ha operado en México una verdadera reacción científica, y espera que la aparición del Compendio sea un signo precursor de que la historia y la etnografía del país ocuparán la atención que su importancia reclama. En efecto, es de desearse que así suceda; pero no es la publicación de mi libro la que marca esa nueva marcha: obras de verdadera importancia han aparecido antes que la mía para honra de las letras mexicanas. El iniciador de esa escuela crítico-filosófica lo fué el erudito don José Fernando Ramírez, á cuyo impulso es debido el estado de adelanto en que hoy se encuentra tal ciencia. El señor don Joaquín García Icazbalceta, bibliógrafo incansable y juiciosísimo, ha enriquecido la literatura nacional con verdaderas joyas que yacían en el polvo de los archivos, rectificando con su publicación mil errores y estimulando á ese interesante estudio, ora con su inapreciable *Colección de Documentos para la Historia de México*, ora con su *Don fray Juan de Zumárraga*. En 1880 se publicó en el segundo tomo de la *Historia de los Indios de Nueva España* del padre Durán, un notable estudio del señor Chavero sobre la cronología, organización política, social y religiosa de los pobladores de Anahuac, que, enriquecido con abundante fondo y buena forma, ha venido á trasformarse años después en la *Historia Antigua de la importante publicación denominada México á través de los siglos*. El mismo entendido historiador había ya publicado en 1875 su opinión acerca del calendario azteca, uno de los nuevos trabajos arqueológicos más interesantes.

Por entonces vieron también la luz pública en cinco volúmenes, los *Estudios sobre la historia de América, sus ruinas y antigüedades*, del

señor don M. Larráinzar, y el *Compendio de la Historia Antigua*, del modesto doctor don Agustín Rivera, así como la *Crónica de Tezozómoc*, sacada del olvido por el señor Vigil con numerosas adiciones y notas. Vino más tarde á acentuar todavía la marcada tendencia de nuestros días á ese género de literatura, la notabilísima *Historia Antigua y de la Conquista de México*, obra verdaderamente clásica del sabio señor don Manuel Orozco y Berra, que con ella dió cima á sus tareas, superando las numerosas producciones que le habían ya granjeado una envidiable reputación; así como son también muy dignos de especial mención los bellísimos *Recuerdos de la Invasión Norteamericana*, del señor Roa Bárcena.

Como el sabio escritor lo advierte, mi libro tiene sin duda muchos de esos ligeros errores que son casi inevitables en obras de tal naturaleza; pero, con el respeto que se merece por su grande ilustración, no creo que esté enteramente decidido que el dátil y el plátano no sean plantas indígenas del país, y por lo mismo no puede imputarse á error mi aserción.

El ilustre jesuita Clavigero, verdadero restaurador de los estudios históricos en México, afirma en el libro primero de su obra inapreciable, que, « además de la PALMA REAL, superior á las otras por la belleza de su follaje, tienen (estas naciones) el cocotero, la palma de dátiles y otras dignas de atención »; y como si esto no bastara, agrega en una nota: « Además de la palma de dátiles propia de aquel país, nace también en él la de Berbería. Los dátiles se venden, por el mes de junio, etc. » Cierta es que Hernández de Oviedo dijo en su *Sumario*, hablando de las palmas, que « las que llevan dátiles, hasta agora no se han hallado en aquellas partes »; pero ni tal autor estuvo nunca en México, ni parece creíble que en las costas meridionales, donde abundaban las demás palmeras, faltasen únicamente las de dátiles.

En cuanto al plátano, no me parece inconveniente, para considerarlo como americano, que sea también originario de algunos lugares de Oriente, de donde quizá fué traído, en ignotos tiempos; y así, á la vez que nadie duda que la tumba de Diomedes fué adornada con un plátano, por ser el árbol más hermoso que entonces se conocía, y que Aristóteles y sus discípulos los peripatéticos daban sus lecciones en Atenas á la fresca sombra de dichos árboles, bolánicos distinguidos hay que lo suponen, al menos en alguna de sus

múltiples variedades, originario del nuevo continente. Entre otros el señor Montserrat y Archs, al tratar del PLAT. *variété* ANGULOSA Spach, afirma que « esta variedad, que es rara en las plantaciones, parece propia de la América Septentrional ». (*La Creación*, tom. VII, pág. 524)¹.

El mismo Clavigero da á entender que el plátano ó banana es indígena, pues afirma que en virtud del testimonio de Oviedo, que refiere fué traído de las Canarias á La Española por fray Tomás Berlanga por el año de 1516, esa fué su opinión al principio.

Dado el fin de mi humilde libro, me bastarian para fundamento en todo caso conceptos tan autorizados y probables.

Por lo que hace á las cuestiones de apreciación en que el criterio del señor conde difiere del mio, les concedo la mayor importancia y no puedo menos que lamentar el juicio que tan distinguido escritor se ha formado del padre de nuestra independencia, juicio que no dudo, ha sido extraviado por la escuela declamatoria y apasionada de Alamán y de Arrangoiz.

No intentaré siquiera justificar los errores políticos y principalmente militares en que incidió don Miguel Hidalgo y Costilla, y que lo hacen acreedor á la calificación de « general muy mediano » que se le aplica; pero ni él fué nunca enemigo de la religión católica, ni merece pocas simpatías á pesar de sus debilidades. Para juzgar al benemérito cura de Dolores, es preciso remontarse á la época en que vivió y apreciar todo el valor y la abnegación que hubo menester para desafiar el omnimodo poder del gobierno virreinal, fuerte por sus numerosos elementos, y más aún por el prestigio de su autoridad. El padre de la independencia mexicana, disfrutaba de una brillante posición social y sabía que « los autores de semejantes empresas no gozan del fruto de ellas »; á pesar de lo cual se lanzó á la revolución dispuesto á sacrificar aun su propia vida en aras de una idea eminentemente simpática y civilizadora: ¡ la independencia de un pueblo!

1. Garcilaso de la Vega, el Padre Acosta y otros escritores de grande autoridad afirman que el plátano en distintas de sus variedades se cultivaba en México antes de la llegada de los españoles y el Barón de Humboldt dice terminantemente: « es indudable que el plátano que varios viajeros dicen haber visto silvestre en Anboino, Giloto y en las islas Marianas, se cultivaba en América desde antes de la llegada de los europeos. »

No se diga que jamás pensó en eso y se aduzca como prueba el grito de « Viva Fernando VII » que repetía en todas partes; porque aquel caudillo asienta terminantemente en la declaración que rindió en su proceso al ser preguntado sobre los móviles de su levantamiento: « que estaba persuadido de que la independencia sería útil al reino », y si no se atrevía, por temor de que fuese impolítico en una sociedad atrasada, á suprimir el nombre del popular (aunque indigno) rey de España, debe notarse que aun años después, el libertador don Agustín de Iturbide proclamaba el reinado de Fernando VII.

Por último, bastaría en mi concepto para la gloria de Hidalgo y para hacerlo merecedor de las simpatías de propios y extraños, considerar que él fué el primero que en nuestra República abolió la esclavitud, proclamando á la faz del mundo la igualdad de los hombres.

El mismo César Cantú ha incurrido, por ignorar este hecho, en un lamentable anacronismo, atribuyendo al archiduque Maximiliano la noble energía de la supresión de la esclavitud; y Lincoln que la abolió en los Estados Unidos, lo hizo cincuenta años después que nuestro héroe.

También es de sentirse que el estimable crítico confunda la noble causa de nuestra independencia con la bastarda de los tejanos, suponiendo que éstos tenían el mismo derecho para separarse de México que el que los mexicanos teníamos para insurreccionarnos contra España; porque mientras á nosotros nos guiaba el deseo de formar una nacionalidad, ellos no tenían más móvil que el de enriquecerse adquiriendo terrenos á la sombra del pabellón de las estrellas; y mientras la Nueva España era una nación con vida y elementos propios, los tejanos rebeldes eran unos colonos extranjeros que empezaban por faltar á su contrato.

Estos hechos son tan notorios, que los mismos hombres de Estado y escritores americanos, guiados por el sentimiento de su honradez han calificado con los términos más duros la conducta de Texas y de los Estados Unidos: tengo citado á Clay en mi Compendio: ahora me refiero al general Grant, que en sus memorias se expresa de esta suerte: « Texas fué primitivamente un Estado perteneciente á la República de México... Aunque era un imperio por la extensión de su territorio, estaba muy poco poblado, hasta que lo fué por ame-

ricanos, quienes recibieron autorización de México para colonizarlo. Estos colonos no hicieron caso del gobierno supremo, é introdujeron la esclavitud en aquel Estado, sin embargo de que la Constitución de México ni sancionaba entonces, ni sanciona ahora esa institución.

« Pronto establecieron un gobierno propio, y comenzó la guerra entre Texas y México, de nombre solamente, hasta 1836, cuando las hostilidades casi cesaron con la captura de Santa Anna, el presidente de México. Antes de mucho, sin embargo, el mismo pueblo que había colonizado á Texas con permiso de México y había establecido allí la esclavitud y en seguida se había independido, tan pronto como se sintió bastante fuerte para hacerlo así, se ofreció como un Estado de los Estados Unidos, y en 1845 su oferta fué aceptada. La ocupación, separación y anexión, fueron desde el principio del movimiento, hasta su consumación final, una conspiración para adquirir territorio, en el cual la Unión americana pudiera formar Estados esclaveros. Aun en caso de que la anexión hubiese sido justificada, la manera en virtud de la cual se obligó á México á hacer la guerra después, no podría serlo. »

La *Tribuna* de Nueva York, refiriéndose á la *Historia de México* publicada recientemente por el laborioso señor Bancroft, dice á este respecto: « Su historia, escrita por un americano y basada sobre el más cabal estudio de todos los documentos y archivos que se han dado á luz, es una vigorosa acusación contra la administración del presidente Polk, en cuanto á la deliberada mala fe y siniestro intento de parte de los Estados Unidos en el asunto todo. En su descripción de Taylor y de Scott en México, el señor Bancroft da tan vivas y brillantes pinturas de los encuentros habidos entre las partes contendientes, que la vergüenza de la perfidia del gobierno americano se olvida, atendiendo á la admiración que reclama la galantería de sus agentes. Indudablemente las batallas de la guerra mexicana, en un sentido militar, son gloriosas para las armas americanas, porque las tropas mexicanas pelearon con bravura, capitaneadas por jefes competentes, y en algunos de los últimos encuentros, la resistencia debe haber sido casi tan reñida y desesperada como las más ensangrentadas luchas entre el Norte y el Sur. El resultado de esta injusta guerra fué que México fuese despojado de casi la mitad de su territorio por haber resentido el robo de Texas. »

Con tales testimonios acerca de la justicia de México en aquella inicua y desgraciada guerra, espero que el señor de Charencey podrá ya explicarse mi indignación por aquel suceso, no obstante mi adhesión á la causa de la independencia de mi patria del gobierno español.

En cuanto á mis apreciaciones sobre el sitio de Puebla y el elogio que en su concepto hago con todas mis fuerzas de su defensa contra el ejército francés, poniendo el heroísmo de sus defensores muy por encima del de los que defendieron á Metz y Strasbourg, séame lícito manifestar á mi distinguido y benévolo contradictor, que admiro cada día más aquellas jornadas que reputo gloriosas para el ejército mexicano, y que no he querido nunca disminuir el mérito de los soldados franceses que, valientes y patriotas, han llenado con sus numerosas legendarias victorias los anales militares del mundo. No ha sido jamás ésa mi intención: sólo he querido hacer resaltar la abnegación de nuestros humildes caudillos con la perfidia de los traidores mariscales del imperio, instrumentos de la ambición de Napoleón III, y al hacer esto he partido de los datos oficiales por los cuales Bazaine, el defensor de Metz y el invasor de México, fué declarado *traidor* por su gobierno y condenado á degradación y muerte. He dicho en mi COMPENDIO: « La defensa de Puebla, que estaba mal fortificada, por un ejército improvisado, á las órdenes de un patriota cuya profesión no era la militar, contra un ejército tres veces más numeroso, tan aguerrido y notable como era el francés, es uno de los hechos más gloriosos de la historia patria; hecho que no supieron imitar los mismos franceses en su guerra con Prusia, en la cual se rindieron Strasbourg y Metz, las plazas más fuertes de Europa, á los treinta y ocho días la primera y á los setenta y dos días la segunda, á pesar de que sus defensores tenían abundantes elementos é igualaban en número á los sitiadores. » Para convencerse de que no me ha guiado un sentimiento apasionado como hijo de México, transcribo el siguiente párrafo, traducido de un artículo publicado tres meses hace en París por el escritor Ranc en la *Republique Française*, en el que se hacen iguales comentarios: « ¡Oh! si, los trágicos recuerdos de la expedición de México son dolorosos para el patriotismo francés. El 17 de mayo de 1863, después de una enérgica resistencia de tres meses, se rendía la ciudad de Puebla defendida

por el general Ortega, antiguo abogado. Por orden suya el ejército mexicano clavó sus cañones, destruyó su material de guerra, quemó sus banderas. Después escribió Ortega al general Forey que la plaza estaba á su disposición y que se encontraba con los oficiales de su ejército en el palacio episcopal, donde esperaba sus órdenes. *Es sensible que en 1870, algunos de los que mandaban las plazas fuertes atacadas por los prusianos, no se hubiesen inspirado en este ejemplo dado por un abogado mexicano. »*

Por lo demás, no participaré nunca de la opinión del señor conde, de que el sitio de Puebla « no fué en realidad sino una guerra de barricadas que no indica soldados habituados al fuego », ni que sus compatriotas por un sentimiento de generosidad llevado hasta la exageración no quisieron bombardear la ciudad; pues todos los datos que existen proclaman la inexactitud de semejantes aseveraciones.

El emperador Napoleón, en carta fechada en Fontainebleau á 12 de junio de 1863, le decía á Forey, á quien ascendió á mariscal por aquella guerra de barricadas: « Sé perfectamente cuánta previsión y energia han necesitado los jefes y soldados para llegar á este importante resultado. Mostrad en mi nombre al ejército toda mi satisfacción; decidle cuánto aprecio su perseverancia y su valor en una expedición tan lejana, donde ha tenido que luchar contra el clima, contra la dificultad de los lugares y contra un enemigo tanto más *obstinado*, cuanto que ha estado engañado con respecto á mis intenciones. »

Esta sola carta sería suficiente, así como la alegría que en toda Francia causó la noticia de la toma de Puebla, para demostrar la grande importancia de aquel hecho de armas; pero para más abundamiento y prescindiendo siempre de datos mexicanos que podrían tacharse de parciales, copio las siguientes líneas de Mr. Niox, capitán del ejército expedicionario y autor de la obra titulada: *L'Expédition de Mexique*, por las cuales se verá también que si los sitiadores de Puebla no la bombardearon con el mismo rigor que emplearon los alemanes con las fortalezas francesas, no fué por un sentimiento de humanidad llevado hasta el escrúpulo, sino porque menos previsores que aquéllos, carecían de los elementos necesarios.

« Se discutió en este consejo de guerra (7 de abril), dice el autor

citado, 1.º Si sería preciso, en vista de la superioridad de la artillería enemiga, suspender los ataques y esperar la llegada de cañones de grueso calibre. — 2.º Si sería necesario suspender el sitio, mantener sólo vigilancia sobre Puebla y marchar sobre México. — 3.º Si sería preciso aun abandonar la observación de Puebla y llevar sobre México todo el ejército. »

Ese consejo se celebró precisamente cuando acababan de obtener el primer triunfo, apoderándose del fuerte de San Javier después de un bombardeo y de un asalto reñidísimos. Añade el historiógrafo francés : « Se pensó en dirigir contra los fuertes de Totimehucán y del Carmen un ataque análogo al que había hecho caer á San Javier...; pero el comandante de la artillería manifestó temores de que la provisión de municiones fuese insuficiente para este doble ataque. Era preciso resignarse á seguir estos pasos tan lentos y mortíferos hacia el centro de la plaza. No se tenían más que 600 kilogramos de pólvora de minas y no se podía pensar en hacer una guerra subterránea. En este primer periodo las pérdidas habían sido de un oficial general muerto, siete oficiales muertos, 39 heridos, 56 soldados muertos y 443 heridos. »

Conste por tanto cuál fué la verdadera causa de que no hubiesen hecho cenizas la ciudad. Á pesar de esto, he aquí la descripción que hace de la derrota que sufrieron en el barrio de Santa Inés el 25 de abril : « Se dió la señal : las ocho piezas de la batería de brecha hicieron una salva de metralla y las columnas se lanzaron al combate. La de la derecha, compuesta de cuatro compañías del tercer batallón del 1.º de zuavos, estaba mandada por el jefe de batallón Melot; la de la izquierda, compuesta de otras cuatro compañías del mismo cuerpo, era conducida por el capitán Devaux. El enemigo había disminuido sus fuegos; pero apenas comenzaron á desembarcar las columnas, cuando los muros, las ventanas y las azoteas se cubrieron de tiradores. Más de 2,000 mexicanos concentraron sus tiros sobre el estrecho espacio por donde se presentaban los asaltantes y donde la marcha se hacía difícil por los escombros de los muros caídos y por los obstáculos acumulados. Los zuavos avanzan en medio de una nube de balas : la columna de la derecha alcanza hasta la reja; la de la izquierda la pasa y llega hasta las construcciones del convento : en este momento el enemigo redobla el fuego. Las columnas se detienen aplastadas : el ataque no puede conti-

nuarse sin grandes é inútiles sacrificios; se dió la orden de retirada, pero muy pocos de aquellos bravos soldados volvieron á sus líneas. Este terrible asalto había costado en la columna de la izquierda, á más de la pérdida de 10 oficiales, nueve muertos ó dispersos; en la de la derecha un oficial muerto, dos dispersos y cinco heridos; 27 soldados muertos, 127 heridos y 176 dispersos. Más tarde se supo que á estas cifras hubo que agregar 130 hombres prisioneros, entre los cuales se contaban siete oficiales. Habían combatido como leones, dice la relación del general Ortega. — Á consecuencia de este nuevo desastre, el general en jefe convocó luego á los generales de división y á los comandantes de artillería : era la cuarta vez que en esta guerra de las calles las tropas se estrellaban contra obstáculos invencibles; cada una de estas veces su derrota (*insuccès*) había sido pagada con la sangre de sus mejores soldados. » (Págs. 271 y 272.)

Difícil es, en verdad, si no imposible, apreciar de un mismo modo hechos trascendentales que afectan aun el sentimiento patriótico de los diversos críticos, de suerte que nada extraño son los aludidos juicios del señor de Charencey, quien, llevado por otra parte de sus sentimientos de simpatía á nuestro país y de indulgencia hacia el autor del *Compendio*, lo exalta y elogia mucho más de lo que su insignificancia merece, y aplaude en el libro el desarrollo que va tomando en México la afición á los estudios científicos y literarios, que por fortuna va substituyendo en nuestra prensa á las infructuosas diatribas políticas.

Rectificados los referidos hechos, crea el señor conde que atenderé en la próxima edición que estoy preparando su justa indicación sobre el silencio que guardé en la primera, acerca de la civilización yucateca, y reciba las públicas muestras de mi agradecimiento por los bondadosos conceptos con que ha favorecido mi humilde libro, y que constituyen uno de sus más preciados elogios.

LUIS PÉREZ VERDÍA.

CARLOS PEREZ MALDONADO
MONTERREY, MEXICO.